

## LA ANTIGUA BURGUESIA

(Parte del capítulo III del libro  
**PSICOLOGIA Y CLASES SOCIALES EN COLOMBIA,**  
que será editado próximamente.)

Por: ALVARO VILLAR GAVIRIA

### LA ANTIGUA BURGUESIA

Esta clase, hoy reducida, se encuentra formada principalmente por latifundistas, comerciantes, en pequeña proporción por industriales y por uno que otro profesional. Herederos de viejas familias cuya educación tuvo lugar en moldes extranjerizantes, o del todo en el extranjero. Apenas transcurridos unos pocos años en colegios exclusivos, que sólo en parte eran nacionales, estos jóvenes eran enviados frecuentemente a completar sus estudios fuera del país y particularmente a Europa: en algunos pocos casos se trataba de estudios profesionales; en los más, "a viajar", como manera fácil de adquirir un barniz de cultura, de hacer una importante inversión económica en un lapso ocioso, con justificación aparente; o para dar espera a que la edad y la madurez les permitiera venir a ponerse al frente de las propiedades de la familia.

He dicho que estos colegios sólo en parte eran nacionales, ya que los métodos, los planes de estudio, los textos y alguna vez los profesores, eran importados. Naturalmente una sola clase económica y social, que entonces eran equivalentes, tenía acceso a ellos. Se dió el caso, no único, de que a principios del siglo se importara una comunidad religiosa a la que ofrecieron, desde antes de llegar, variados privilegios, con el objeto de que pudiera establecerse en Bogotá, para dar educación francesa a esa pequeña "élite", evitándose así un indispensable y en ocasiones oneroso viaje al exterior. Pero no sólo los textos, los métodos y los profesores eran entonces importados. También otros elementos de su formación y de su vida diaria. Los paños y las telas de sus vestidos. Sus muebles. Una parte de sus alimentos y de sus bebidas. Sus lecturas que, cuando no tenían esa procedencia, parecían tenerla. Aquí, como en toda América se escribía a la manera de las modas europeas. Recuérdense, para no citar sino dos ejemplos. "La Gloria de don Ramiro", de Enrique Larreta, publicada en la Argentina en 1908; y, en Colombia, "De sobremesa", de José Asunción Silva, en 1925: Obras ambas que, por su sentido, por su lenguaje, por sus personajes constituyen una simbiosis forzada

entre lo europeo y lo criollo. Y así podría continuarse, dentro de una larga enumeración, como lo expone pormenorizadamente ANTONIO CURZIO ALTAMAR en la "Evolución de la novela en Colombia" (10), a propósito del movimiento modernista. Y esta idea, con referencia a algo mucho más próximo, es refrendada en el ensayo de ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR titulado "Calibán: apuntes sobre la Cultura en nuestra América" (17).

Pero también las distracciones todas; la música así concebida; la ópera, el teatro, los bailes. Esto, en un aspecto. Por el otro, llevaba implícita el desprecio y la negación de lo propio. Desde el folclor hasta la pintura, pasando por toda la gama de la llamada "cultura", que sólo se refería a los antedichos modelos. Y que se imponían como tales a quienes iban o íbamos accediendo a cualquier ramo del conocimiento o de la estética. Uno de los ejemplos más dicentes ha sido el de la música. La música que era considerada digna de atención, para este grupo social, era la europea. Toda la nacional se hizo sinónimo de 'popular', de 'vulgar' y por lo tanto de despreciable. Que esto era y sigue siendo así en toda América, la comprueban las palabras del maestro mejicano MANUEL M. PONCE, citadas por el erudito folclorista colombiano GUILLERMO ABADIA MORALES: "No había distinción entre un canto populachero, soez, ordinario, vulgar y una canción popular ingenua o picaresca, pero siempre de cierta calidad artística. Sin embargo, al acercarse a las fuentes del arte vernáculo, el curioso investigador podía apreciar la diferencia entre el verdadero y el falso folclor. En efecto, este error de apreciación provenía de la falta de estudio de nuestras artes populares. A un joven músico que por aquellos tiempos emprendió la tarea de conservar y dignificar los sonecitos populares, se le acusaba de hacer música que "olía a guarache" (alpargata mejicana). Esta frase despreciativa pinta claramente la desestimación de nuestros cuentos por parte de quienes creían representar la cultura del país. Los compositores mejicanos de aquel tiempo ponían títulos en francés o en italiano a sus obras..."(1). Lo mismo hizo aquí GUILLERMO URIBE HOLGUIN, en alguna ocasión (5, 25).

Naturalmente, todo este desprecio, que aún se refleja en muchos de nuestros gustos, ha sido consecuencia del desprecio a la totalidad de lo propio, a nuestra gente; y no sólo a sus manifestaciones, sino a todos los productos de su actividad.

El cambio observado con el paso del tiempo ha sido muy lento y obedece a varios factores. Pero es un cambio que no ha afectado a ese grupo humano, que se ha cerrado aún más alrededor de sí mismo, entre otras cosas por una disminución progresiva, disminución que no se ha detenido con la parcial, forzada incorporación que ha tenido lugar en ocasiones a través de mezclas con personas de otras procedencias. Personas que no son aceptadas del todo por el grupo primigenio, con el que no pierden el carácter de advenedizas. Ya que es un grupo que no reconoce modelos diferentes a los que impone.

Todo ésto, a lo largo de un proceso de sedimentación, produjo un sello de autenticidad en el artificio, si se me permite la expresión. Era gente que se creía sinceramente europea, que simplemente un azar no sólo indeseado sino inmutable, la había colocado en una posición de explotadores de una población tan diferente a ella, que no le permitía darse cuenta de la injusticia que todo esto entrañaba. Es como si esa injusticia, por haber sido comenzada por otros, por unas circunstancias desconocidas, pero que no se querían llegar a conocer tampoco, los eximiera no sólo de la culpa, sino de todo intento de modificar lo existente.

De esas generaciones, principalmente de latifundistas, de procedencia directa de la aristocracia criolla colonial, hubo algunos, durante un período del siglo pasado, en que ni eran realmente extranjeros, ni totalmente del país; era una especie intermedia, que se originó ya a fines de ese siglo y a comienzos del presente, en esos viajes que se hicieron posibles, luego indispensables y habituales. Y además necesarios para la formación profesional, inclusive para aquellas ramas del saber que podían estudiarse en el país. Como en el caso de la medicina, cuyo primer plan de estudios fué puesto en práctica en 1802, y que dió lugar a que pocos años después obtuvieran su grado los primeros médicos, según la documentación de ANDRES SORIANO LLERAS, en "La Medicina en el Nuevo Reino" (30). Estudios que se hicieron durante mucho tiempo en condiciones de gran inferioridad, perfectamente real, si se los comparaba con los que podían adelantarse en los países europeos, Francia especialmente en ese entonces.

Otras carreras, arquitectura, ingeniería, por ejemplo, de ninguna manera podían estudiarse aquí. De la primera uno de sus resultados obvios fué el transplante, el calco por mejor decir, de estilos y de modalidades sin la menor variación, basada no ya en el gusto sino en el clima. De aquí resultaron edificios públicos como la Gobernación de Antioquia, "un extraño palacio nórdico" (29), construido por un arquitecto francés. Y otras edificaciones pública o privadas, a la manera no ya de otros países y de otras épocas sino de otras condiciones climáticas. No pocos de éstos, levantados en zonas muy frías como la de Bogotá, tienen techos, ventanas y patios concebidos para zonas templadas o cálidas. Ni siquiera el capricho del propietario era el único determinante. Lo imponía también la formación del arquitecto, extranjero o formado en el extranjero. De un tiempo lejano a esta parte, el gusto por las construcciones más propias fué desdeñado. De donde resultaron no sólo casos aislados sino uno que otro barrio de "estilo inglés", por ejemplo, reflejo de una época y de un grupo social que lo consideró el más representativo de su ideal y de su aforanza. Precisamente de esa antigua burguesía, que se consideraba en muchas formas atada a Inglaterra por su formación cultural y por nexos económicos que al retornar a este exilio forzado de América, deseaba contrarrestarlo viviendo en barrios de ese estilo, practicando deportes ingleses, vistiendo con paños de esa procedencia.

Conviene sentar que estas observaciones, lo mismo que la mayoría de las referidas a este grupo, tienen como fuente a la sociedad bogotana, por varias razones elementales. La conozco mejor. Es la más "auténtica". Y la que ha impreso muchos de sus caracteres a la de otras ciudades, muy pocas, que en la provincia la secundan, la imitan y la continúan.

Sólo muchos años después, como consecuencia de disímiles vicisitudes, pero siempre en forma aislada, una que otra persona ha querido volver a algo más ligado con nuestra historia: la arquitectura colonial. Generalmente con esa búsqueda de la novedad en lo antiguo, cuando ya se encuentran cegadas otras posibilidades más al alcance del deseo, o por simple apego. Como ocurre con los incómodos automóviles "clásicos", costosos, imprácticos, pero definitivamente diferentes y exclusivos, preferidos también por esto por parte de dicha burguesía, que por ese medio retrocede también un escalón en el tiempo. "Esto es más nuestro", parecen decirle a los "nuevos ricos", y a sus extravagantes, poderosos y ostentosos carruajes.

Estos deseos de permanecer en el pasado, cada vez más difíciles de cumplir; este esfuerzo por mantener un círculo cerrado, especialmente con relación a esos "nuevos ricos", a quienes siempre consideran como usurpadores e indeseables, les proporciona un carácter adicional muy particular. Sus costumbres, sus modas, su lenguaje, sus ademanes, hasta su sonrisa misma, parecen forzadas, detenidas en el tiempo, como si no correspondieran, y no corresponden en verdad, a nada de lo actual. Sus modas, dentro de cierta finura y propiedad, parecen pertenecer a otro momento y a otro sitio, cuando no se las percibe en su circunstancia y en su entorno. Su actitud hacia lo nuevo y diferente suele ser de desprecio, de añoranza resignada hasta llegar al fatalismo ante lo no reversible.

Inclusive en parte de las nuevas generaciones es posible percibir, en su atuendo, una evidente mezcla de las intenciones conducentes a vestirse con lo que "se usa", con las de conservar una diferencia y una exclusividad. Así, el descuido que en otras personas puede ser lo espontáneo y lo "natural"; en ellas adquiere un sello de artificio que puede hacerse evidente también en la finura de una prenda que ha sufrido un proceso para aparecer basta, o desgastada por el uso. La etiqueta de unos costosos pantalones de este tipo, dice "Esta prenda ha sido cosida y científicamente lavada para darle apariencia de vieja y usada. Los defectos e imperfecciones que pueda tener son parte del aspecto general que se le desea dar". Claro que en todo esto no sólo hay numerosas excepciones, sino que estas llegan a aunarse en otro grupo; en el de quienes sinceramente menosprecian estas imposiciones del pasado y desean en forma total, no sólo no continuarlo sino comprometerse en un cambio que consideran justificado y necesario.

Existe un término, la palabra "lobo", con su femenino "loba", bastante peculiar, con numerosas connotaciones, con múltiples dificultades para ser definida, que ha pertenecido al lenguaje colombiano reciente y en especial al bogotano. Ignoro por qué razones no lo menciona CUERVO en sus "Apuntaciones críticas" (9), a pesar de que como dice LUIS FLOREZ "...este es, como mucho el mejor libro que tenemos sobre el español americano" (18). Es posible, y no he encontrado documentación al respecto, que su uso escrito no se hubiera insinuado todavía, o se le tuviera por no literario. En todo caso hay una referencia muy clara, hecha por TOMAS RUEDA VARGAS en 1931, en sus "Visiones de Historia": "...la clase envidiable, encantadora, que en cada tiempo se llama de algún modo distinto, ramploña, loba, que sé yo, y en el inmediatamente anterior al mío se apellidó niebluna" (28). Y varios años atrás, TOMAS CARRASQUILLA la mencionó en una carta de 1917, al referirse a "una dama, que fué "loba" en sus mocedades, pero luego se casó..." (7), dando a entender la libertad de sus costumbres sexuales como característica primordial, libertad que desapareció con el matrimonio, así como la condición de "loba". No la menciona en cambio GONZALEZ DE LA CALLE (20). Ni aparece en el muy reciente "Diccionario de Colombianismos" publicado por la Academia Colombiana de la Lengua (2). Tiene equivalentes parciales en varios países de América Latina, según lo recuerda CABALLERO CALDERON (4). "Guarango" en la Argentina, "guachafo" en el Perú, "siútico" en Chile. El Diccionario de la Academia Española (12) lo define únicamente como mejicanismo: "Hijo de negro e india, o al contrario". No sé si dentro de los cultismos que cita COROMINAS (8) podría encontrarse un antecesor: "Lupanar (Aut.), de lupanar, aris, id., derivado de lupa, que además de "loba" significa "cortesana".

El "Lexicón de colombianismos" de MARIO ALARIO DI FILIPPO (13), trae para Cundinamarca la acepción: "LOBA", mujer que comercia con su cuerpo clandestinamente". En las "Apuntaciones idiomáticas" (22) RESTREPO dá para LOBA la definición: "f. fam. Mujer de la clase media, especialmente si es joven.

"Y de LOBO, luego de referirse a la acepción del Diccionario de la Academia, dice: "En Colombia se dice así, especialmente cuando se habla de mujeres, de la que no está en las clases sociales superiores".

Palabra emparentada aquí con el intraducible "Kitsch" alemán, cuyo equivalente aproximado en español es el vocable "cursi". GULLO DORFLES anota con cierta extrañeza que sólo en estos dos idiomas existe esa equivalencia cercana, pero le da al "kitsch" "un sentido ligeramente desviado hacia el aspecto ético y de costumbres, más que hacia el propiamente estético" (4), sentido que no tiene lo cursi.

El mismo autor, en una obra publicada pocos años después (15), intenta contraponerlo totalmente al arte: "...ese elemento que es lo opuesto del arte, y que se suele definir con la palabra alemana "Kitsch"

(p. 182). Difícil aceptar una definición por lo opuesto, en especial en un punto tan cambiante y tan vago como éste, con implicaciones provenientes de muchas fuentes, incluso las subjetivas y las de comparación. Valdría la pena, en cambio, revisar sistemáticamente ese concepto mudable a través del tiempo y de las circunstancias, si se logra hacer a un lado los prejuicios, incluidos primordialmente los de "clase", cosa en verdad poco posible pero que merece intentarse.

Que las connotaciones no son solamente estas y que el asunto es más complejo a medida que se trata de penetrar en ellas y en sus significaciones, lo ponen de presente los conceptos de otros autores que se han ocupado del tema. Así, HERMAN BROCH dice: "No se puede afirmar que todo el arte de tendencia sea "kitsch", aunque sea una característica propia de todo sistema de imitación que en el caso que nos ocupa es precisamente lo "kitsch"..." (3). LUDWIG GIESZ acentúa otro carácter, en su opinión: "Por su esencia, este (el "kitsch"), es primordialmente subjetivo" (19).

No creo que los dos fenómenos, dentro de su paralelismo sin convergencia, puedan asimilarse, salvo en ocasiones, al "arte de tendencia", a los "sistemas de imitación". En cuanto al subjetivismo, en ambos casos es evidente, pero de ninguna manera puede llegarse a la reducción y a la simplificación que le resta posibilidades de vincularlo, o de rastrear sus vínculos, dentro del grupo socio-económico que los genera, que los califica o que los utiliza como medios de exclusión. Ambos, pero especialmente lo "cursi", tienen que ver con el "mal gusto", uno de los distintivos del "lobo". Términos que utiliza particularmente, pero no únicamente, esta antigua burguesía para referirse a mucho de lo que no es de ella, comenzando por las personas: "Es un lobo", "Es una loba", "Qué moda tan loba". "Qué carro tan lobo", etc. He dicho que son denominaciones para referirse a mucho de lo no perteneciente a "su clase" y simultáneamente, correspondiente, necesaria y fatalmente, a una "clase" inferior, por cuanto no se considera que haya ninguna por encima de la suya. No sólo su "gente", desde luego, sino sus ropas, sus expresiones, sus pertenencias todas. Pero, dentro de los muchos caracteres específicos de la palabra, se encuentra la movilidad, no sólo en un sentido que puede llamarse sincrónico, sino en el diacrónico, a los que se añaden mezclas de los dos. Así, en una larga escala, "lobo" es algo para un nivel socio-económico, para un grupo, para una familia pero no para otra, que en forma transitoria u ocasional se encuentre en una situación dada. A lo largo de esa escala, "lobo" es algo definido para ella; pero la que se encuentra por debajo tiene por "lobos" otros elementos. Claro que existe un acuerdo tácito para denominar como "lobas" ciertas cosas, pero ésto se encuentra sujeto al tiempo y a otras influencias variadas en su origen y en su desarrollo. Sin embargo, quizás por su origen, no tiene siempre un sentido explícito de complacencia o de facilidad sexuales, cuando se refiere a la mujer. Sentido que se ha perdido parcialmente con el transcurso de los años, porque quien lo encarna-

ba inicialmente era de otra "clase", que tenía la necesidad de trabajar, y se exponía, al efectuarlo, al asedio de los hombres que la rodeaban. Por muchas causas: No estaba protegida por el hogar; si se "atreve" a efectuar labores por fuera de esta, desafiaba una ley secular y además entraba en una competencia no deseada, repudiada, castigable. Por otra parte; así como en muchos casos, el dominado adquiere progresivamente los caracteres que le impone el dominante, la mujer ha adoptado los correspondientes a su fragilidad y a su disponibilidad frente al hombre en cuanto se presente además una ocasional o aparente desprotección. Quien, impulsada por la necesidad, se lanzaba a las ciudades a un siempre mal remunerado trabajo, sabía a qué estaba expuesta; y si no lo era a las ocasiones, sí a la maledicencia, al desprecio y a otra exclusión por parte de quienes no tenían esa necesidad. Naturalmente, ésto, la nominación, ocurrió dentro de esta "clase", que aún hoy considera como un rebajamiento el trabajo productivo. Si acaso, ejecuta el que eufemísticamente llama "obras sociales" o "voluntariado", que además se suele ostentar por medio de vistosos uniformes que son usados aún en la calle, con lo que espera destacarse también por ésto. Y demostrar con su acción, no siempre ligada a horarios o a reglamentos que aminoren ese carácter de voluntario, de que es algo no obligatorio, pero algo a que se ha llegado, para compartir las migajas de una opulencia, y de paso limpiar unos sentimientos de culpa, omnipresentes, pero ante todo para entretenerse con la explotada pobreza.

De modo que, en las ciudades, la "loba" era quien trabajaba. En las ciudades, ya que en el campo no se oye el término, por gran variedad de razones. Pero sí en este sentido, que puede, pues, llamarse sincrónico de una misma época, ofrece el referente tantas variaciones, lo tiene también en el diacrónico, en el de la evolución de las costumbres y de las palabras acompañantes. Lo "lobo" de ayer no lo es de hoy. Y no se sabe cómo ocurrirá mañana. Depende de una serie de circunstancias. Del equilibrio social y económico de una y otras "clases", de sus mezclas. De sus persistentes, restantes y pasajeras exclusiones. Del prestigio en cualquier sentido de quien ahora o en el futuro proponga algo diferente a lo usual y aceptado. Así como hoy no es "loba" ni fácil una mujer por el hecho de trabajar, a pesar de que sólo rara vez tenga lugar el hecho dentro de esta antigua burguesía, como sí lo eran quienes se ocupaban de menesteres como los de oficinistas o de vendedoras de almacén, no siempre se conserva la denominación para aquellas que, dentro de esos oficios, no ocupan un lugar muy alto, como el de algunas secretarias, o de vendedoras de "boutiques" sofisticadas. Estas, pertenecientes a ellas mismas o a personas de su "clase". Lo cual ha dado lugar a un rápido cambio en el trato verbal, revelador, como siempre, de una actitud recíproca total. Hasta hace pocos años, una señora de "clase" alta se dirigía despectivamente a quien la atendía en un almacén. Daba por sentada la gran diferencia en el nivel socio-económico. Con dificultad pronunciaba el "señorita" con un sobreentendido de que era un término postizo y provisional; porque además se presumía que sólo las

"señoritas" podían trabajar, como en el caso de las telefonistas, pero con el disgusto inherente al uso de un vocablo cuya pertenencia se consideraba o se deseaba considerar como exclusiva, con la idea de que era una concesión, que las palabras o el gusto permitían suponer. Esa "señorita" con que llama a la vendedora, cuyo nombre ignora la compradora, pero cuyo origen supone; y no se atreve ella, por temor a ser desatendida, a un trato diferente a ese vocativo, en cuyas sílabas debe demostrar que no las pronuncia por nada diferente a la necesidad, pero que es una nominación forzada y pasajera, que en cualquier otro momento se cambiará por la habitual, la de decirles por su nombre. Pero que la escogencia no se hizo por gusto, sino como una consecuencia más de la temida aproximación entre las "clases", con todo el rencor a que esto da lugar, y que se condensa y sintetiza en ese "señorita", dirigido a quien se pide un favor que antes era una obligación inherente al servicio que ella debía a otra "clase".

Rencor que se traducía en una velada amargura, encubierta por una fórmula convencionalmente amable. Pero en la que el acento, la entonación, en veces la manera exageradamente precisa de pronunciarla, como un medio para hacer énfasis en que así se le restaba naturalidad y llevaba sin embargo el contenido hostil, despreciativo, distanciante. A esto, ellas solían responder con un servilismo apreciable en la voz, en el ademán, hasta en el vestido. Y al relativamente frecuente tuteo distanciante, contestaban con el uso del "usted", o con el rodeo también distanciante: "la señora". Hoy cuando, como anotaba antes, estos almacenes pertenecen, en pequeña medida y en sitios exclusivos, a esa clase alta, porque además es uno de los trabajos que exige menos conocimientos y experiencia, las vendedoras, elegantemente vestidas, han trocado el servilismo por una discreta altivez y se dirigen a las señoras haciendo uso de un tuteo anticipado, que es como una certificación de que pertenecen a la misma categoría.

Volviendo a la palabra "lobo", no equivale pues a "cursi", ni a feo, ni a inelegante, ni a ordinario, aún cuando puede cobijar una o varias de esas categorías, y otras más. Es algo así como lo no refrendado por el uso dentro de los estrechos y muy exigentes límites de la "clase" que impone la moda y todos sus derivados, hasta los del lenguaje. Hay una palabra, "charro", que se le parece. (CHARRO "Dícese de la cosa recargada de adornos, abigarrada, o de mal gusto"). (12).

"En sentido de gracioso, y en otras veces de ridículo, es vocablo también difundido" (RESTREPO) (27). "En la costa se le da a esta palabra el sentido castizo" (ALARIO DI FILIPPO) (3). "Basto, toscó", "aldeano", "de mal gusto", vocablo familiar probablemente emparentado con el vasco txar, "malo", "defectuoso", "débil", "pequeño", y tomada de esta voz vasca o heredado de la ibérica correspondiente" (8). Quien añade: "En castellano. Aut. registra solamente como sustantivo "la persona poco culta, nada pulida". El mismo autor señala



que es la misma palabra que en Méjico "designa especialmente al jinete aldeano y su traje típico: de ahí que en Nuevo Méjico haya llegado a significar "elegante" y "hermoso" (según cita de HILLS y HERNANDEZ UREÑA), por una de esas inversiones de sentido que suelen observarse en castellano, por vicisitudes en su desarrollo similares a las que aquí la determinaron. He traído a cuento esta palabra, no por sus puntos de contacto, sino especialmente por sus diferencias. Ciertamente lo "lobo", puede ser abigarrado, pero esto, aisladamente, no determina su carácter. Inclusive lo "lobo", como lo charro, puede ser lujoso pero de "mal gusto" en sí mismo, o en la ocasión, o en la persona, o en las maneras acompañantes. Quizás el "mal gusto", por alguno de sus aspectos define lo "lobo". Pero no todo lo de "mal gusto" es "lobo". Inclusive se ha dado, en la historia de la moda, que alguna prenda es "loba" hasta un momento en que alguien, de prestigio por su atuendo habitual, respaldado también por el prestigio de su posición socio-económica, resuelve "lanzar", con suficiente seguridad, un uso que antes no era corriente. Así ocurrió con la ruana y con el pantalón, por ejemplo. Aquella, "aldeana", "del pueblo". Este, definitivamente "lobo", impropio para unas "clases". Ambos admitidos actualmente en sitios no sospechables ni sospechados.

De donde se desprende lo vago y lo ubícuo de una definición aproximada. Lo mismo que con algo que le es inherente: el "mal gusto", que "sufre igual suerte que la que Croce consideraba como típica del arte: todo el mundo sabe perfectamente lo que es, y nadie teme individualizarlo y predicarlo, pero nadie es capaz de definirlo", dice UMBERTO ECO (16). Y añade: "Y tan difícil resulta dar una definición de él, que para establecerla se recurre, no a un paradigma, sino al juicio (...) de los expertos, es decir, de las personas de gusto, sobre cuyo comportamiento se establecen las bases para definir, en precisos y determinados ámbitos y costumbres, lo que es de buen y "mal gusto". Este concepto me parece suficiente como para eximirme de una serie de especulaciones tan largas como inconducentes sobre un tema que todos conocemos, aun cuando tampoco seamos capaces de precisarlo. Como ocurre con lo "bien visto" o con lo aceptable de una costumbre. Que también pueden cambiar de acuerdo no sólo con aspectos económicos y de "clase", sino con las edades, con la geografía, con las circunstancias. Y que, por razones siempre existentes pero no así conocibles de inmediato, sufren una transformación, inclusive en lo opuesto; naturalmente, de acuerdo con el poder, con el ascendiente, con el grado de influencia, que mantienen una costumbre o un gusto, o llegan a modificarlo o a sustituirlo. Prolijas disquisiciones y conclusiones al respecto pueden consultarse, entre otras, en la obra básica de GALVANO DELLA VOLPE "crítica del gusto", publicada por primera vez en 1960 (11).

Resulta interesante mencionar la observación de RAFAEL LAPESA en su "Historia de la Lengua Española", de que "La aplicación metafórica de **gusto** para indicar el acierto en la elección, usada ya por

Isabel La Católica, era considerada a principios del siglo XVIII como una innovación española; ya entonces contaba largo empleo en Italia (...), había pasado al Francés (...) había originado la adopción del extranjerismo gusto en inglés y había sido calcada por el alemán..." (21) Sin duda por el predominio que tuvieron España y por lo tanto su lenguaje y sus "gustos" sobre otros países de Europa y muchas regiones de América. Pero no solamente España como nación, sino por el grupo social que impuso el concepto y la palabra significativa, y los extendió y mantuvo en relación directa con su poder.

El factor subjetivo es analizado, naturalmente en relación con la historia individual, por otros autores, en especial por literatos. MARCEL PROUST toma como ejemplo la música que se oye por primera vez; y es un ejemplo válido para otras manifestaciones del arte, y para algunas épocas. "Probablemente lo que nos falta esa primera vez no es comprensión, sino memoria", dice, "Porque la nuestra —agrega— si se tiene en cuenta la complejidad de impresiones que se le ponen delante mientras escuchamos, es ínfima, tan breve como la memoria de un hombre que en sueños piensa mil cosas, para olvidarlas en seguida...". "La memoria es incapaz de darnos inmediatamente el recuerdo de esas múltiples impresiones. Pero ese recuerdo se va formando en ella poco a poco". "...nosotros consideramos lo precedente sin tener en cuenta que una larga asimilación la ha convertido para nosotros en una materia variada, sí, pero homogénea" (26). Que todo esto añade, o mejor, pone de presente, consideraciones muy variadas pero que no siempre se toman en cuenta, es cierto. Pero así mismo es inevitable para no perder el marco de referencia desde sus principales ángulos.

Problema del "gusto" que en la clase dominante adquiere características muy propias, así como en la ideología. Amplias referencias se encuentran en la "Ideología Alemana", de MARX y ENGELS, así como en otros numerosos escritos suyos; pero allí son especialmente claras. Se supone, o lo supone siempre la clase dominante, que el "buen gusto" por antonomasia, es sólo uno: el suyo. Que busca imponer a algunos de sus dominados, entre otros a sus hijos. Pero pretende la exclusividad, y la defiende. Sus cánones inflexibles, en veces caprichosos, tienen una procedencia que sus seguidores pueden ignorar. Es lo suyo, simplemente. Y lo suyo en no sólo lo bueno, sino lo bello. El patrón, que tampoco aquí se aparta del origen de la palabra.

María Mercedes Carranza (6) anota que: "lobos" son para "la gente bien" aquellos miembros de las clases medias que aspiran a ascender en la escala social, a costa de imitar los hábitos sociales impuestos por las clases altas, pero que carecen de "caché" o de medios económicos o de la "educación" suficiente o de las tres cosas a la vez, para lograr con éxito aquello que para esas clases constituye el "buen gusto". Esto es cierto, pero no sólo esto. Y aquí cabe una nueva referencia al "Kitsch", ahora a su etimología, que ilustra

aspectos comunes. Según LUDWIG GIESZ (19), quien cita a KLUGE-GOTZE: "...esta palabra se debe al inglés "sketch", "Kitsch", bagatela, aplicada sobre todo a cuadros, originarios de Munich. Cuando compradores anglosajones no querían invertir demasiado allí por un cuadro, pedían un boceto, un "sketch". De ahí vendría el término alemán para designar la vulgar pacotilla artística, destinada a compradores deseosos de fáciles experiencias estéticas", señala también ECO (Op. cit., p. 80). Pero este es solamente un aspecto. Es indudable que esto es aprovechado por las industrias turísticas, conocedoras de los intereses de ese tipo de viajeros, de su facilidad para ser engañados con una apariencia, con una marca, inclusive con una prueba del lugar de fabricación, como si esto fuera suficiente para refrendar de manera inequívoca ese "buen gusto" que sólo tiene en común, con el de la "clase" a la que se busca imitar, no ya la apariencia sino la marca y sobre todo el origen.

Cristal de Baccarat o de Bohemia, porcelana de Sévres, son obtenidos porque ese origen es suficiente garantía del "buen gusto", que otras "clases" deben ver complementado con otras características más sutiles, no tan fácilmente especificables. Ese sentido arribista es pues evidente en ambos casos. Pero creo que no siempre está presente. Muchas veces se trata también de algo más sutil. Una misma prenda, por ejemplo, usada por dos personas de diferente nivel; la una, con la naturalidad que confiere la costumbre; la otra, en un momento que no es adecuado, o en una combinación que no es la apropiada, pero ella no sabe exactamente por qué; y le agrega entonces el carácter de inadecuado que la misma prenda no tiene; de fuera de sitio de desconocimiento de algo que se pudo tomar como secundario pero que es esencial para quien hace la escogencia, esta vez sí adecuada, no sólo de la prenda sino de la ocasión. Pero bien puede hacer esa escogencia en forma no sólo independiente de la imitación. Que tampoco se encuentra en aspectos muy sutiles del lenguaje, de la mímica, de los ademanes, que también pueden ser "lobos" sin que impliquen imitación ni arribismo. Básicamente es, pues, un concepto de "clase", con todas las variantes, con todos los matices que posee ese hecho.

Más aún en un momento como el actual, cuando se insinúan la movilidad social, el ascenso, las mezclas, los contrastes visibles, como nunca ocurrió antes. Tampoco el sentido de lo "lobo" sufrió anteriormente esta serie de traslados, de mutaciones, incluso de restricciones para quienes usan la palabra con su inevitable sentido despectivo y discriminatorio. Todos somos "lobos" para alguien. Pero casi nadie confiesa que lo es. Siempre el "lobo" es otro. Inclusive dentro de los parientes cercanos. "Prueba de ello es que hasta en las mejores familias hay lobos", como dice ANTONIO MONTAÑA (25). Además, una persona puede volverse "loba", o ascender no sólo en el aspecto económico sino en otros planes de la escala social. Una equivalencia y un ejemplo de los persistentes rasgos tenidos como "lobos" por los no recién llegados a una posición, ha sido descrita minuciosamente por PROUST (26), a través del personaje que se convierte de señora

Verdurín en princesa de Guermantes; ella nunca pudo librarse de sus antiguos rasgos, solamente perceptibles para el pequeño mundo de la aristocracia parisiense; rasgos que no siempre reconocía en ella misma, y que tampoco podría evitar o cambiar, además por la sutileza de los detalles y por el hecho de no darles importancia; como para cualquiera no habituado a una costumbre que se considera por lo menos superflua, quizás para justificar que no se le tiene de manera natural sino postiza o adquirida.

Rasgos que en el caso mencionado, no solamente no reconocía ella, sino que, si llegaba a hacerlo, intentaba ocultarlo no ya con las modas y con los usos sino con algo mucho más sutil, con algo que pensaba que equivalía al conocimiento; cosa que sólo dan la convivencia prolongada y la familiaridad en su sentido estricto.

Otro carácter de esta relación entre "clases" que es el "lobismo", está constituido por la posibilidad, difícilmente observable en otras relaciones, de no ser mutua. Si para los estratos más incontaminados de la antigua burguesía todos los que no pertenecen a ella son "lobos", o aún puede alguien ostentar algo censurado y despreciado automáticamente con esa denominación, dentro de otros niveles, cuyos patrones imitativos tienen fuentes diversas, lo "lobo" puede no ser lo propio sino lo ajeno y a la inversa. Excluidos se encuentran, como ya lo había dicho, los campesinos y los obreros, quienes rara y ocasionalmente y casi siempre con un sentido imitativo, que no necesariamente coincide con el arribismo, adoptan una moda fugaz, una costumbre de ocasión, perfectamente conscientes de que es esto y nada más, que se deja tan rápida y fácilmente como se adquirió.

Finalmente, consigno la definición de "lobería" acuñada por HENRY LUQUE MUÑOZ, que sintetiza varias de las ideas expuestas: "Conjunto de manifestaciones que busca emular estilos y conductas sociales notorias o de clases sociales más elevadas, incorporándolas, en forma artificial y desajustada, al propio comportamiento, para pretender, con una falsa imitación, generalmente exhibicionista, cumplir una función de apariencia y de notoriedad que sugiera calidades personales diferentes u originales, y con ello dar la idea de un "status" más elevado del que realmente se tiene" (22).

Si es mencionado todo esto, que constituye una evidente disgresión, es porque tiene mucha ingerencia en las preocupaciones, en las actividades, en el lenguaje de esta "clase" social. Que, junto con la totalidad, determina peculiares características en la dinámica familiar y naturalmente en los hijos. Por un lado, se procura por todos los medios que continúen una tradición en la mentalidad, en las costumbres, en las modas, en el pensamiento. Pero con la convicción de que mucho de esto es inútil y de que proporciona solamente uno o unos pocos sellos de lo postizo, a estos seres que han de vivir simultáneamente en dos épocas, con lo atractivo de lo moderno pero con la nostalgia proveniente del ancestro. Oscilaciones entre su razón

y su afecto, no siempre en claras y opuestas direcciones, sino en frecuentes combinaciones promiscuas, que son fuentes de conflicto que no en todos los casos ubican acertadamente y que les proporciona, en una forma añadida, ese vivir siempre descentrados, puesto que comprenden el artificio de lo que realmente son, por el traslado implaceable en el tiempo.

Cuando pequeños, los hijos suelen ocupar ese estado intermedio entre la servidumbre y la familia, como lo vivieron en forma perfectamente nítida los padres. Intermedia pero no mezclada. En lo relativo a la comida por ejemplo, o a los juegos, o a la no intervención en actividades sociales "de los grandes". En lo primero, la separación era total y se conservan vestigios de esa separación respecto a los niños. Con frecuencia, éstos han de comer en sitio separado, parcial o totalmente compartido con los servidores: la repostería, por ejemplo. Pero la composición alimenticia difiere de la de ellos en los matices que aún se prestan para permitirlo. Los niños tienen derechos de que los otros carecen, al menos en teoría. Inclusión de elementos adicionales, o que se aparten de lo ya dispuesto; variaciones de momento, utilización de condimentos tales como salsas o especias. Derechos totales en cuanto a cantidad frente a los mismos, limitados, del otro grupo. Pero como ésto fué tan natural y habitual en la generación anterior, se pretende, y se logra en ocasiones, que desde muy pequeños los niños vean ésto sin extrañeza, y que tampoco la experimenten cuando han de pasar, en pocos minutos, de una condición cercana a una "clase", a la de otra, a la de los padres, separada todavía por otros muros que ellos consideran infranqueables. Por otra parte, los servidores de este nivel social conservan, o se les hace conservar, es más apropiado decirlo así, ese carácter de anacronismo y por lo tanto de artificialidad, que resulta de contraponer dos épocas, tan separadas en el tiempo, sin que nos sea posible darnos cuenta de los grados intermedios que necesariamente hubieron de hallarse interpuestos, con unos caracteres de cambio casi insensible en muchos casos, y que quizás sólo la observación aguzada o la efectuada por alguien que se encontró ausente, durante un lapso, del proceso de cambio puede apreciar esos matices precisamente por eso, porque tuvo lugar día a día, minuto a minuto. A lo cual contribuye, con mucho, la inutilidad que en la práctica contradice el principal indicativo de su denominación, de manera que no cambian con el mismo ritmo de muchos componentes de la realidad circundante, que trasciende el limitado ámbito de su lugar de vida y de trabajo. Lo mismo sucede con las costumbres, detenidas a menudo en algunas personas, en algunas familias, en algunos grupos, que además se buscan entre ellos para compartir el anacronismo, para no verlo así como algo extraño o como algo único, para favorecer estímulos mutuos al narcisismo que todo esto encierra tras la apariencia de la estética, añadidos a las múltiples conveniencias de la situación.

Para el niño, dicho estado, en ocasiones intermedio, definido en otras, cambiante no pocas veces, proporciona algunos caracteres pre-

cisos que sufren con los años mutaciones parciales y aún totales, cuando el cambio de "clase" se ha establecido y se ha hecho completo. En un principio, tiene el doble carácter de servidor y de amo. En su primer papel, ha de obedecer cuanto se le ordene, por razones no siempre explicadas y a menudo basadas únicamente en la diferencia de poder, y con la tácita intención de que en alguna forma ha existido un curioso favor desde el comienzo de su vida, favor para con él, quien debe retribuirlo en servicio, en respeto, en afecto, aún cuando estos últimos no se hayan merecido y por lo tanto no puedan en justicia esperarse. No sobra repetir que, lógicamente, esto no ocurre sólo en este nivel socio-económico. Aquí, los niños son unas de las propiedades privadas, así como los servidores son otras. De donde derivan numerosas consecuencias. Por ejemplo, la de que han de ser como ellos quieren que sean. Unas y otros, por idénticos motivos. Pretensión que suele extenderse a otros seres, entre otras cosas porque también se ha logrado hacerlo. Pero en formas que por más de un motivo tocan con el absurdo. Cuando se busca que una persona, en un momento dado, sea diferente a como es, con la intención de que llegue inclusive a ser lo contrario, puede ocurrir que al mismo tiempo se desee que conserve lo que nos gusta de ella. Sin caer en cuenta de que ocurre, como en ciertas situaciones cuando se perciben en su conjunto. Que naturalmente está constituido siempre por elementos amables y molestos. Y cuando se vive una de ellas, específicamente, delimitada en el tiempo o en el lugar, lo mismo que, cuando en el otro caso, se produce un contacto personal que resulta desagradable se añora entonces, para una u otro, y por abstracción, algo diferente, que pueden llegar a ser lo opuesto; sin pensar en algo tan sencillo como que son elementos que no pueden superponerse; de que son no sólo contradictorios sino excluyentes; de que, simplemente, no pueden ser algo y lo otro al mismo tiempo. Ya se trate, desde luego, de lo amable o de lo molesto, pero que pudieron ser consubstanciales, y siguen siéndolo además, con la situación o con la persona.

Este deseo de que los hijos sean de una determinada manera, encuentra ayuda en el hecho de que la ingerencia de personas con otro criterio o con otras modalidades está restringida y no raras veces vedada, entre otras razones porque implicaría posibilidad de crítica, de confrontación, de cambio; intenciones que se rechazan sistemáticamente, también por los mismos motivos. Quien tiene la posición de mando, en la medida en que la ejerce por motivos no comprensibles para quien la sufre, es lógico que quiera eludir las circunstancias en que esto pueda dejar de ser así; y lo son el hecho de que el sometido se dé cuenta no sólo de que lo es, sino de que ésto es injusto, y de que por otra parte puede llegar a cambiarlo. En forma diferente a cuando se trata del niño, en quien la impaciencia podría ser al menos soportada con la consideración cierta de que su estado es transitorio. Pero esta transitoriedad se procura dilatarla, en búsqueda de prolongar el poder, el dominio y el privilegio. En la conducta, en el vestido, en el lenguaje y en las ideas sobre todo, de las que el resto son solamente los representantes o epígonos.

El carácter de "clase", tan definido, tan entreverado con tantos aspectos de la vida en estos niveles, en los que difícilmente podría pensarse en que algo no posea ese carácter; ese distintivo, que a su vez se considera, porque lo ha sido así, una prebenda, una fuente de infinitas regalías que se espera no perder, que se defienden como algo a lo que se tiene un derecho hereditario, pero que al mismo tiempo la mayoría no tiene, también por factores difícilmente escrutable pero tan naturales como el apellido; ese carácter de "clase", repito, se transmite, y se impone además, como es lógico, a los hijos. Para algunas cosas, pertenece en todo a la de los padres. Para otras, se les excluye mientras sea posible. Y como todo esto depende en mayor medida, claro está, de quien tiene el poder, la injusticia suele ser la norma y lo irracional lo establecido.

Ese mundo de apariencias y de ocultamientos, que es un remedo, en pequeño, de lo cortesano y, como tal, de lo diferente en un país que les es en parte extraño pero en el que se mueven con la naturalidad que proporcionan la costumbre y el rechazo sistemático de lo restante, da lugar a una especie de formación reactiva, donde la amabilidad y la estereotipia en los ademanes, en la palabra, en la entonación y en las modulaciones de la voz, ocultan los sentimientos de una hostilidad siempre prohibida, de unas pasiones siempre tenidas por "bajas", así sea solamente por el hecho de manifestarlas.

Era en estos niveles donde una forma de pasividad y de sometimiento tenía lugar, puesto que ha cambiado en las últimas generaciones, con las mujeres y con los niños; a ellas, se las convencía desde su nacimiento de que su papel era inmutable y de que debían desenvolverse dentro de los muy estrechos límites que comprendían la ignorancia, la complacencia, la aprobación incondicional, la abnegación en su sentido etimológico (abnegar; renunciar uno voluntariamente a sus deseos: Dicc. Acad.). (12), y la no expresión de los sentimientos, en especial de los hostiles. Que, dicho sea de paso, constituye una de las grandes dificultades para lograr en ese tipo de familias una modificación radical, en el curso de una psicoterapia. Todo tiende a obtener la refrendación de la autoridad del terapeuta, mucho más si es hombre. Pero en realidad nada cambia. Se pasa de un sometimiento a otro, sin dejar del todo el anterior, que además no está vinculado solamente con personas sino con cosas, con ambientes, con ideas, dentro de las cuales se han desenvuelto ancestralmente, también aquí con la idea de lo inmutable, de que no sólo ha sido siempre así, sino de que seguirá siéndolo para siempre. Esta mentalidad, resultante de un conservadurismo total, es creada, lógicamente, para que se convierta en agente del no cambio. Y ésto se le retribuye en numerosas formas, algunas explícitas. Entre otras, convenciéndolas de su importancia, que es perfectamente real, en el desempeño de ese papel, que respetan y halagan los miembros de su pequeña corte. La mujer es aquí, en forma similar a como ocurre en otros niveles, una especie de "reina del hogar"; reinado estrecho,

por cierto y con mucho de aparente, puesto que, en forma muy particular, su relación con la economía se reduce a la simple administración controlada de una suma fija, sin participación real en el conjunto de los ingresos, ni siquiera en el conocimiento de ellos y menos todavía en su distribución. Claro está que la misma afirmación puede hacerse con referencia a otros grupos sociales. Y en la facilidad y por la frecuencia de contactos con otros medios y con otras culturas, que les han mostrado un camino diferente, y han empezado a seguirlo. Sin embargo, las modalidades varían y, como se verá, existen razones muy precisas para que en este grupo el alejamiento sea tan completo y se haya conservado así por más tiempo. Esto ha dado lugar a una marcada separación en muchos otros aspectos. El hogar y algunos factores inherentes a él, se encuentran a cargo de la señora. De puertas afuera, del hombre. Y no sólo la productividad, los negocios, la política. Sino, inclusive, parte de la vida social, de los deportes, de las diversiones. Los clubes, por ejemplo, hasta en su etimología encierran ese sentido masculino original que luego ha venido cambiando. "Las viejas ediciones del diccionario académico (. . . . .), lo admiten sólo como denominación de una sociedad política, comúnmente clandestina" (8). Cabe anotar que este sentido persiste, como primera acepción, en la última, decimonovena edición (1970) (12).

No así en el original inglés de la palabra, WEBSTER, 1913, 10ª acepción) (31). Pero ésto no tiene importancia al lado del hecho mismo. De que algunos clubes han sido aquí, si no totalmente masculinos, sí con su predominio, hasta en su reglamentación en la práctica. Así, uno de los más exclusivos, prohíbe todavía el ingreso de mujeres a algunas dependencias, como el bar. Otros, por su finalidad emblemática, que podría ser la cetrería o la caza o cualquier actividad deportiva que ha excluído a la mujer, las excluye de hecho como socios activos, así ese carácter de emblema a esto se reduzca.

Pero en los "cafés", centros no ya exclusivos en ningún sentido de manera explícita, pero sí en la costumbre; centros que son, en parte, los continuadores circunstanciales y desvalorizados de los clubes, como sitio de reunión para la práctica de limitados deportes de salón, de tertulias, de negocios, de ingestión de bebidas alcohólicas, el ingreso de las mujeres estuvo prohibido hasta hace muy poco tiempo, en las ciudades grandes de manera total; prohibición que ha cedido, no así en las pequeñas, ni en los pueblos de provincia. Las únicas mujeres que tenían acceso a ellos eran las "meseras", mujeres desvalorizadas, con frecuencia prostitutas o en vía de serlo. No tiene ésto último equivalente en el club, cuyo servicio ha estado formado, predominantemente, por personal masculino, con algunas circunscritas excepciones, también por su mayor categoría laboral y por el sexo de los servidos.

Pero la separación de las mujeres, en esta "clase" social no se reduce, como decía arriba, a dichas actividades, vinculadas en gran



parte con el ocio, como la de los clubes o de los cafés. Y que encuentran su paralelo en otras, que se desarrollan con exclusión total de los hombres y dentro del hogar de la anfitriona: los costureros, los tés, el juego de cartas, que en otro contexto diferente puede incluir parejas. Los primeros se hacen en horas hábiles y es lo habitual que se interrumpen en un momento convenido de antemano para permitir a cada una el regreso oportuno al hogar, antes de que lo hagan el esposo o los hijos, pero principalmente aquel, con el sentido ya dicho de estar prestas para servirlo o atenderlo, demostrando además que estas disposiciones se encuentran en primer plano, frente a su propia entretención o frente a su propio gusto. Las diferentes modalidades de los mencionados costureros, suelen disfrazarse y justificarse con intenciones piadosas: para los pobres, para los asilos, para los desvalidos en cualquier sentido. Esto, que elimina sentimientos indeseables hacia esos grupos marginados, los disminuye a la actividad misma y en especial a la maledicencia que suele acompañarla, de manera sutil, implacable, continua, dirigida en estos niveles a los esposos, a los servidores y a las amigas o conocidas que poseen la condición común de estar ausentes.

Porque en este, como en cualquier otro grupo homogéneo de sometidos, no es necesario tantear hacia qué dirección pueden lanzarse el comentario malévolo, o la queja en busca de conmiseración o de apoyo. La opresión se comparte. El blanco siempre existe para todos. Y está constituido por quienes aprovechan de su situación: los maridos; o la representan: las señoras. O la permiten, por el simple hecho de no estar presentes. La comparación es, para ellos, desfavorable, porque no pueden establecerla de inmediato. En cuanto a los servidores, también porque encarnan partes odiadas de las mujeres mismas, precisamente las más vinculadas con su propio sometimiento, además de que pueden revivir conflictos pasados con seres que las representaron en su infancia; o con muchos otros orígenes de relaciones conflictivas, que se prestan, en este nivel, para canalizar la agresión sin exponerse a una respuesta; y que en cambio recibe un apoyo de quienes, se sabe de antemano, se hallan en situación análoga. Además, con el supuesto, para quien hace la observación, en espera de que sea compartida, de que ella misma no tiene esa característica, que aún tácitamente se convierte en un defecto que resalta, por contraste, la cualidad opuesta que ella cree tener. Observación que puede hallarse no en el contenido de la frase, sino en su forma. La maledicencia suele reducirse o valerse del simple cambio del contexto, o de su omisión, reemplazándolo por la imitación irónica, por la parodia en el tono o por otras características del habla, con el malintencionado acento que la convierte en caricatura, que no es la realidad, simulándola; sin que siempre pueda decirse dónde está la supresión de un rasgo, o su acentuación, como puede ocurrir en otras formas de caricatura, de manera que las intenciones quedan ocultas por una apariencia cuya sutileza quiere ser inasible.

Y es la ocasión, además, de hablar de ellas mismas, sin la apariencia de hacerlo. Son "sus" servidoras, "sus" maridos, "sus" amigas. Ocasiones buscadas por muchos motivos, aparte de los manifiestos, como el de poder compartir en la práctica la idea de que no se encuentran solas, de que la solidaridad existe, resultante de los hechos comunes a las circunstancias en su conjunto. Con frecuencia, de estos grupos surge, o a estos grupos llegan, deformadas y condicionadas, ideas y propaganda acerca de la "liberación femenina"; y fructifica en ellas, pero siempre como vaga idea. Y puede convertirse o dar lugar a actividades y distracciones similares a las mencionadas arriba, con el carácter común de repetirse a sí mismas, de ser cerradas, de ser pretextos, de detenerse en el intercambio y en los proyectos que se suceden unos a otros, pero siempre como proyectos y nada más. Se conservan en un plano de ilusión que todas creen que no podrán dejar de serlo, tan penetradas se encuentran por la convicción de que no podrán cambiar sin dejar de ser mujeres.

Una vez más, la idea de mujer y de cambio resultan opuestas. Especialmente en esta clase, que por tantos motivos quiere detenerse en el pasado para no perder los privilegios que tuvo y que aún disfruta; así la mayoría tenga el irremisible carácter de lo transitorio, de lo aparente o de lo simbólico.

A este propósito, dice acertadamente MICHELE MATTELART: "Marx comprobó que, al acceder al poder, la burguesía había detenido la historia y congelado en su código de dominación la noción de movimiento. El régimen burgués interpreta el orden capitalista no como una fase transitoria del progreso histórico, sino como la forma absoluta y definitiva de la producción social. Esta misma detención de la historia lo obliga a renovar sin tregua la reserva argumental que permitirá hacer creer a los dominados que las soluciones que propone para la liberación y la felicidad del hombre definen el ideal en materia de civilización y de cultura. Al haber fijado en esta forma su orden, al haberlo naturalizado y eternizado, una de las regiones más neurálgicas de la mistificación burguesa viene a ser la que toca su concepto de cambio. Enmascarar el signo de su origen va a constituir, según la fórmula "banal", la clave de su propuesta y asimismo va a encubrir el hecho de que, en última instancia, la noción de cambio que auspicia, autoriza y promueve, equivale a repudiar el cambio" (23). Incluso cuando a las mujeres de ésta y de otras clases les es otorgado el derecho político del voto. Les es otorgado, repito; y no que lo hayan obtenido a través de luchas, como todos los derechos, es para apuntalar lo establecido, para apoyar a los candidatos que se comprometan a respaldar la tradición y fundamentalmente la propiedad privada.

Porque en esto radica, esencialmente, el carácter todo de la mujer, en especial en la que ha ocupado el papel de modelo y de rectora de las otras clases. Otra cosa es que la historia se haya esca-

pado de sus manos, a pesar suyo. Así, administradoras parciales de su propia imagen, y, en lo posible, de las otras mujeres, fomentan y les son fomentados los aspectos que interesadamente se han convertido en virtudes: la pasividad, el respeto reverencial por los límites, por las normas, por los ceremoniales que en ellas se encarnan y de los que son oficiantes, a menudo silenciosas.

Desde niñas, a estos seres se les comunica, con el ejemplo, con la palabra y con la acción, qué se desea de ellas. Fragilidad, delicadeza, invalidez. Necesidad de ser servidas ante esta invalidez, por otras mujeres o, en su defecto, por la madre. Para algunos menesteres, muy circunscritos, por el hombre, raramente por el padre o por un hermano, quienes lo considerarían un rebajamiento. Porque en todo ésto se entreveran series múltiples de razones tácitas que no hacen sino convertir, hasta la cortesía, en un tejido de inclusiones y exclusiones que cobija no sólo las relaciones entre las clases sino entre las edades y entre los sexos, como se verá en una especie de añadido a este capítulo, "Notas sobre la Cortesía", que resulta más claro si se lo considera por un momento en forma separada.

Esta idea de invalidez se fomenta únicamente para lo no relacionado con el hogar; por el contrario, sus disposiciones y habilidades para con él se exaltan, se alaban y se adulan. Las virtudes en la costura, en el tejido, en la cocina, en la decoración, siempre que se reduzcan a eso y posean otro carácter: el de no ser productivas económicamente. Y de estar destinadas, por consiguiente, al regalo y al solaz de los integrantes de la familia, en especial para el esposo y para la mujer misma, quien prodiga y recibe satisfacciones en una mezcla nunca separable. Pero con una diferencia importante en este nivel social, que proporciona matices definidos, agregados a su papel: el de ser gobernantes de un pequeño feudo, como ya lo había señalado; con poderes totales en algunos asuntos, en contraste con la supeditación completa en otros, en los trascendentes económica y políticamente. Con las consecuencias que todo esto tiene en la educación de los hijos; con las diferencias que desde antes de su nacimiento se establecen para los de uno y otro sexo, cuando la actitud para ambos tiene tantos elementos en común, que en síntesis consiste en someterlos, en invalidarlos, en prolongar esa invalidez hasta cuando se hace imposible para ellos aceptarla. Con el resultado de que es aquí más acentuado el carácter de eternos adolescentes que su juventud ostenta; naturalmente con mayor acentuación en la mujer, quien ha de conservarlos siempre.

Todo esto, que resulta tan claro en cualquier grupo homogéneo de sometidos, colonizados, campesinos, servidores, lo es menos, en forma general, en grupos que son menos homogéneos. Sin embargo, es posible aplicarlo en varia medida a las "clases", a las edades y a los sexos. Y en cuanto la dominación y el sometimiento sean mayores, esa homogeneidad lo será mayor también, como ocurre concretamente

en el tipo de mujer del que estoy ocupándome y que es transmisora y modeladora y su vez de esos mismos rasgos, con énfasis especial en sus hijas, ya que los hombres comparten en mayor y divergente medida la mayor fuente de poder y de influencia: la procedente del padre.

Esa exigencia de ser como ellas mismas, para no exponerse al rechazo, para continuar por el contrario obteniendo algunas ventajas de la aprobación, del afecto y del amparo, las lleva a su vez a ahondar, a perpetuar, a incorporar esos distintivos resultantes, en su carácter, en su expresión, en su conducta y en su indumentaria.

Las limitaciones, la aprobación indiscutida, la plasticidad basada en algo que está por formarse, por definirse en unas pocas opciones, repetidas, circunscritas, fijadas también de antemano y por alguien ajeno a ellas, tienen sus representantes en los hechos y en los símbolos.

La aquiescencia en la mujer corre pareja con la prohibición para seguir una dirección contraria al repertorio de lo acostumbrado. Y en aquella alcanza hasta el anticipo del asentimiento a la idea que otro expresa; de la frase comenzada, que el gesto subraya de antemano y que es así captada por quien sabe ya que el acuerdo equivale al respaldo y a la aprobación esperadas, buscadas, complacientes. La limitación de los intereses contribuye a esta facilitación así como al consenso que se espera y que se logra que los cubra. Para los temas restantes, quedan el menosprecio o el silencio, que comprende el ignorarlos. Todo esto acompañado por una expresión facial estereotipada, escasa en modulaciones, que rara vez trasluce un sentimiento en su auténtica intensidad; que rehuye lo exagerado, lo personal, lo espontáneo. La mesura, unida también aquí a lo esperado, constituye lo habitual. Porque así como pueden preverse un comentario y su forma de enunciarlo, también puede saberse cual es el gesto acompañante, que se repite con ocasión de iguales circunstancias, en especial cuando éstas deben ajustarse a un ceremonial estricto, cumplido sin variación en el tiempo, como sí así se quisiera también estancarlo, precisamente en aquellos aspectos que más tocan con la tradición, con lo maternal y con lo femenino, como lo son por ejemplo las comidas y otros acaeceres hogareños.

En aquellas, no sólo los componentes, sus calidades, colores, temperaturas, texturas, consistencias y combinaciones, deben ajustarse a la costumbre; sino que cuando esta se altera, ha de hacerse porque la innovación, paradójicamente limitada para que no lo sea del todo, obedezca no al capricho sino a la imitación, o a la búsqueda de un contraste con lo anterior, quizás para resaltar la importancia de lo nuevo.

Pero así como todo esto transcurre dentro de cauces poco modificables, lo mismo sucede con los movimientos de servidores y

servidos y con la conversación de éstos, ya que la de aquellos se encuentra proscrita, excepto en las circunstancias inevitables y no siempre previstas, donde a la discreción deben sumarse, en lo posible, el monosílabo y el susurro. Los temas son limitados, además, por sexos y por edades; menos limitados para los adultos; pero se excluyen aquellos que las mujeres no deben compartir nunca: la sexualidad, la política, el dinero, los negocios. Pero es que no es de los temas de donde están excluidas; es de los hechos a los que ellos se refieren.

Otros asuntos, con mayor lógica, se conservan aparte: todo lo desagradable, o lo angustiante, o cuanto pueda llevar a una disputa. Pero todo esto con un carácter más acentuado y permanente en este nivel que en otros. Donde además la mujer imprime su sello de dominadora y de dominada al mismo tiempo, de fiel y de oficiante simultánea.

Cabe señalar de nuevo, en este lugar, así sea brevemente, cómo este tejido de circunstancias ancestrales que rodean y envuelven la figura de la mujer de este tipo, en las familias de este tipo, constituye un obstáculo permanente, a menudo inamovible, en el curso de una psicoterapia donde participa el conjunto familiar. Cada uno tiene su papel tan determinado, aparentemente a partir de ella, pero en realidad en función del padre, que éste, por lo mismo, no quiere modificarlo; tampoco la madre, que también vive convencida de lo ventajoso de su situación; que con alguna frecuencia lo es. Ciertamente lo fué. Y es uno de los seguros temores del cambio, porque al menos por un tiempo la justificación es una certeza.

Por eso, tanto ella como él, siguen prefiriendo una forma de tratamiento, como lo ha sido en muchos casos, el psicoanálisis tradicional, que oculta la visión de parte de la realidad circundante, y que cree cumplir su función al no entrar en contacto con ella y al ocuparse solamente de los "conflictos internos", para contentamiento del esposo, quien paga para no tener, a su vez, que ocuparse de ellos. Casi siempre que de alguna manera se piensa obtener los fines antinómicos del estatismo y del cambio; o del cambio selectivo y a voluntad, a gusto de quien lo propicia y lo subvenciona para obtener algo concreto por un precio, pero no otra cosa, se llega a situaciones que obligan a suspender la intervención iniciada.

Claro que en todo ello estaría de más insistir, pero precisamente una situación de equilibrio aparente empieza a resquebrajarse cuando se piensa en la posibilidad de la consulta. Desde luego y por muchísimas razones, dicha consulta no siempre tiene lugar. Lo cual no quiere decir que el conflicto no se presente en esa forma. O que se procure mostrarlo aisladamente. Como si no fuera, muchas veces, la consecuencia de un intento fallido por prolongar una coherencia que en un principio sí pudo tener la familia, cuando se cumplía una serie de requisitos que la permitían.

Si una determinada organización, y no sólo la familiar, se conserva de manera monolítica, como ocurrió a lo largo de tantas generaciones, es obvio que, como consecuencia, los conflictos se mantuvieran ocultos. Pero es también muy lógico que en este nivel, que por tantas razones ha venido sufriendo progresivos embates, que han llevado a sus integrantes a tener otras fuentes de información y de influencia, a la posibilidad de una confrontación y de una crítica que antes no existieron, se presenten dificultades innúmeras a medida que crecen los hijos y que la esposa en especial, se vayan dando cuenta de lo transitorio, de lo falaz y del sentido de trueque o de intercambio interesado que tienen sus canonjías. A través de su observación de otras mujeres, de otras culturas, de otras posibilidades, es como descubre progresivamente la sutil trama que encubre su posición real de servidora del hombre en todos los sentidos.

También los hijos han comenzado a tomar conciencia de lo inútil de tratar de conservar lo poco que resta de un mundo que ya no será más así y por otra parte piensan que ese cambio no solamente es inevitable sino justo. Y llegan entonces a no tolerar ya la continuación de aspectos de ese mundo de apariencias y de convenciones; pero lo hacen con la oposición o la amenaza de unos padres que se dan cuenta de que no sólo su mundo es el que se les escapa, sino que en el escape van involucrados sus propios hijos.

Surgen también otros criterios, otros intereses, otros gustos. Y con ello, la lucha siempre presente entre dos generaciones que ahora representan dos mundos. Cada uno busca que triunfe el suyo. Y naturalmente con la inevitable, constante previsible derrota de lo caduco. Lucha que adquiere otro sesgo distintivo en esta "clase", a diferencia de lo que ocurre en otras. Suelen los padres procurar que los hijos sean como ellos, que no sólo se consideran modelos para otros sino para ellos mismos. Por muchas razones, en diferentes niveles es observable también que los padres deseen que sus hijos sean como ellos quisieron y no pudieron ser. Pero ésto, que es todo lo contrario de una generalización, se tratará en otro momento.

## BIBLIOGRAFIA

- (1) ABADIA MORALES, GUILLERMO: La música folklórica colombiana. Ed. Universidad Nacional de Colombia, 1.973, p. 6.
- (2) ACADEMIA COLOMBIANA: Breve Diccionario de Colombianismos. Bogotá, 1.975.
- (2) BROCH, HERMAN: Kitsch, vanguardia y el arte por el arte. Ed. Tusquets, Barcelona, 1.970, p. 7.
- (4) CABALLERO CALDERON, EDUARDO (SWANN): Los motivos del lobo. El Tiempo, Bogotá, 8 de junio de 1.974.

- (5) CARO MENDOZA, HERNANDO: Guillermo Uribe Holguín, compositor colombiano. Rev. de la Universidad Nal. de Colombia, 5, 117-146, 1.970.
- (6) CARRANZA, MARIA MERCEDES: Mísero lobo, hermano de los parias. Cartas del lector. El Tiempo, 10 de junio de 1.974.
- (7) CARRASQUILLA, TOMAS: Obras completas. Ed. Bedout, Medellín, 1.958. p. 798.
- (8) COROMINAS, J.: Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana. Ed. Gredos, Madrid, 1.954.
- (9) CUERVO, RUFINO JOSE: Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuente referencia al de los países de Hispano-América. Séptima edición. Ed. El Gráfico, Bogotá, 1.939.
- (10) CURZIO ALTAMAR, ANTONIO: Evolución de la novela en Colombia. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1.957.
- (11) DELLA VOLPE, GALVANO: Crítica del gusto. Ed. Seix Barral, S. A., Barcelona, 1.966.
- (12) DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 19.ª Ed. Madrid, 1.970.
- (13) DI FILIPPO, M. ALARIO: Lexicón de colombianismos. Ed. Bolívar, Cartagena, 1.964.
- (14) DORFLES, GILO: Las oscilaciones del gusto. El arte de hoy entre la tecnocracia y el consumismo. Ed. Lumen, Barcelona, 1.974.
- (15) DORFLES, GILO: Nuevos ritos, nuevos mitos. Ed. Lumen, Barcelona, 1.969, p. 182.
- (16) ECO, UMBERTO: Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas. Ed. Lumen, Barcelona, 1.968, p. 79 y s.s.
- (17) FERNANDEZ RETAMAR, ROBERTO: CALIBAN. Apuntes sobre la cultura en nuestra América. Ed. Abejón Mono, Bogotá, 1.974.
- (18) FLOREZ, LUIS: Las "Apuntaciones críticas" de Cuervo y el español bogotano cien años después. Pronunciación y fonética. Inst. Caro y Cuervo, Bogotá, 1.973, p. 10.
- (19) GIESZ, LUDWIG: Fenomenología del Kitsch. Ed. Tusquets, Barcelona, 1.973, p.
- (20) GONZALEZ DE LA CALLE, PEDRO URBANO: Contribución al estudio del bogotano. Orientaciones metodológicas para la investigación del castellano en América. Inst. Caro y Cuervo, Bogotá, 1.963.
- (21) LAFESA, RAFAEL: Historia de la lengua española. Séptima edición. Ed. Escelicer, Madrid, 1.968.
- (22) LUQUE MUÑOZ, HENRY: Comunicación personal. 1.977.
- (23) MATTELART, MICHELE: Apuntes sobre lo moderno: una manera de leer la revista femenina. CASA DE LAS AMERICAS, 77, 112-125, 1.973.
- (24) MONTAÑA, ANTONIO: Notas para una antología de "El Lobo". El Tiempo, Bogotá, 16 de enero de 1.972.

- (25) PERDOMO ESCOBAR, JOSE IGNACIO: Historia de la música en Colombia. Tercera Edición. Biblioteca de Historia Nacional. Vol. CIII Ed. A.B.C., Bogotá, 1.963, p. 229.
- (26) PROUST, MARCEL: En busca del tiempo perdido. T. II A la sombra de las mu-chachas en flor. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1.944, p. 105 y s.s.
- (27) RESTREPO, ROBERTO: Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje. Impr. Nacional, Bogotá, 1.955.
- (28) RUEDA VARGAS, TOMAS: Escritos, Vol. I Ed. Antares, Bogotá, 1.963, p. 62.
- (29) SALVAT: HISTORIA DEL ARTE COLOMBIANO. Vol. VI, Ed. Salvat, 1.975, p. 1340.
- (30) SORIANO LLERAS, ANDRES: La Medicina en el Nuevo Reino de Granada, durante la conquista y la Colonia 2ª Ed. Biblioteca de Historia Nacional. Vol. CXIX, Ed. Kelly, Bogotá, 1.972, p. 288 (1.805).
- (31) WEBSTER'S: NEW INTERNATIONAL DICTONAY. G. y C. MERRIAM CO. LON-DON, 1.913.